

“Internet y las redes se han convertido en una herramienta en favor del fascismo”

Literatura. Tess Gunty impacta en la narrativa estadounidense con ‘La Conejera’

Por **Philipp Engel** (Barcelona)

Bienvenidos a la ficticia ciudad de Vacca Vale (Indiana), que lidera, según la revista *Newsweek*, la lista anual de «las 10 ciudades estadounidenses más agonizantes». En un edificio de viviendas de protección oficial apodado La Conejera, vive una joven introvertida con aspecto de ninfa, «guapa, pero de un modo que daba repelús». Se ha puesto el nombre de una mística alemana, Blandine Watkins, y comparte piso con tres inadaptables a los que conoció en el programa público de familias adoptivas.

Sin desvelar demasiado del grandioso y violento final de *La Conejera*, primera novela de Tess Gunty, publicada en español por Sexto Piso, podemos adelantar que el destino de la iluminada Blandine se acabará cruzando, de la manera más insólita, con el del hijo de una ex estrella infantil de la televisión de los 50, un bloguero e *influencer* de salud mental que tiene como secreta afición embadurnarse todo el cuerpo con líquido fluorescente, para introducirse en casa de los que cree que le han ofendido y darles un susto de muerte: «Las barritas fluorescentes desconcertaron a los de seguridad, pero Moses se encogió de hombros y dijo que estaba organizando un festival de música», leemos sobre su aterrizaje en el aeropuerto de Chicago.

La ex estrella infantil, la madre de Moses, acaba de fallecer dejando un elogioso obituario escrito por ella misma, que su nada desconsolado hijo ha completado con un comentario tan ofensivo que la moderadora de *descansenpaz.com* ha tenido que borrarlo: «Te sorprendería lo cruel que puede ser la gente con los muertos», declara esta última. En contraste, conoceremos a una mujer llamada Hope (Esperanza), de una «felicidad desconcertante», que

“Escribir sobre un piso para gente con bajos ingresos es un gesto político, es dar visibilidad a las víctimas”

“Estamos en el primer momento en la Historia en el que el número de democracias va a menos”

acaba de ser madre: se le han puesto los pechos «a tamaño famoso», y está siempre pendiente de su bebé, tanto que «siente que es un zorro. Un zorro puesto de anfetanas». El humor –negro, incisivo, hilarante– es en *La Conejera* una parte del todo que ha pasado por alto la mayoría de comentaristas desde que, en 2022, Tess Gunty se llevó el National Book Award, el máximo trofeo de la Literatura



SEXTO PISO

Estadounidense, junto con el Pulitzer. La perfecta traducción de Ce Santiago ayuda a disfrutar de un constante, y muy preciso, jugueteo con el lenguaje que nos mantiene en la risa floja, llevándonos a la carcajada cada dos por tres. Meses después de su triunfo, la joven escritora,

también nacida en una ciudad agonizante del Medio Oeste –South Bend (Indiana), en 1993–, nos recibe virtualmente en su casa de Los Ángeles, donde está pendiente de la inevitable adaptación de *La Conejera*, todavía no se sabe si en cine o

en serie, y sobre la que, naturalmente, no nos puede decir gran cosa, más allá de «que no va a ser una adaptación al uso, sino la visión del director con el que estamos hablando, lo cual me parece mucho más interesante».

Todavía más interesante es el

lustro que le ha llevado componer la variedad de voces, personajes y texturas que componen las 422 páginas de *La Conejera*. Pasa del monólogo al narrador omnisciente, del auto-obituario y sus comentarios *online*, con sus respectivos *emojis*, a un capítulo enteramente dibujado por su hermano Nicolas. Es una polifonía aparentemente caótica que, sin embargo, fluye y resulta de lo más adictiva, un puzzle del que no importa tener todas las piezas: «Escribo por asociaciones de ideas, como en un sueño, siguiendo una lógica subconsciente, porque creo que el subconsciente es más interesante, honesto y teje relaciones que no podría haber establecido conscientemente. Así que la estructura surgió de manera muy natural, cada uno de los personajes me cogía de la mano y me presentaba al siguiente. El proceso de revisión fue muy importante para armonizar este ecosistema en el que conviven muchos textos, texturas y voces distintas. Me pasé dos años

trabajando la estructura cuando llevaba escritos dos tercios del libro, eliminando cientos de páginas y añadiendo nuevos elementos para que todo funcionara».

Una de las paradojas de *La Conejera* es que está empapada del lenguaje de Internet, y que a la vez se muestra muy crítica con todo lo que conlleva la red: «Creo que internet es un experimento con muchas consecuencias en el mundo real, empezando por los problemas de salud mental en los jóvenes, especialmente en las chicas jóvenes que usan Instagram y que tienen una elevada incidencia de ansiedad y de suicidio. O siguiendo por la elección de Donald Trump. Las redes parecen diseñadas para amplificar discursos incendiarios que han derivado en una alergia a los matices. Creo que el espíritu utópico que tuvo la red al principio, cuando se trataba de democratizar la información, se ha perdido para acabar convirtiéndose en una herramienta que va en favor del fascismo. Estamos en el primer momento de la Historia en el que el número de democracias va a menos. Sólo África se libraba, pero llegó internet, y ahora sigue la misma tendencia. Hay una organización fundada por dos tipos de Silicon Valley, llamada Center for Humane Technology, que publica estadísticas sobre cómo nos está afectando el cambio tecnológico, desde la salud mental a la corrupción política. Como novelista, está claro que me interesan mucho los efectos que todo esto tiene sobre la gente».

La Conejera, como el discurso de su autora, ya lo están viendo, existe un trasfondo político importante. El mero hecho de centrarse en un bloque de apartamentos de protección oficial ya es un gesto político en un país donde la gente de bien vive en su casita unifamiliar, rodeada de césped verde, y con piscina en el patio de atrás. Tampoco es casual que el hombre fosforescente lleve el nombre de Moses, como Robert Moses, el urbanista que priorizó las autopistas sobre el transporte público, para suburbanizar los alrededores de Nueva York con Jane Jacobs como enemiga jurada: «Mi novio es urbanista, y es muy fan de Jacobs. Empezamos a salir el año que empecé a escribir *La Conejera*, y él me hizo ver que las ciudades se han diseñado siempre con determinadas intenciones. Así que estoy muy de acuerdo en que escribir sobre los inquilinos de un piso para gente con bajos ingresos es un gesto político. Es una manera de dar visibilidad a estas personas que son víctimas de violencias y abandonos, haciendo imposible descartar su humanidad».